

RICARDO PIGLIA

---

*El camino  
de Ida*



Emilio Renzi, habitual personaje de otras novelas de Ricardo Piglia, ha llegado al campus de una prestigiosa universidad de Nueva Jersey para impartir un seminario sobre los años argentinos de W. H. Hudson. Fue invitado por la directora del departamento, la bella y belicosa Ida Brown. Renzi acaba de divorciarse e imagina que el viaje le ayudará a poner las cosas en perspectiva; la distancia y la estadía en un lugar extraño, donde apenas le conocen, quizás le devuelvan el hilo perdido de su vida. Pero ese plan se desbarata apenas arriba. Una extraña llamada telefónica la primera noche lo pone en alerta. Luego, la pasión lo arrastra e inicia un romance imborrable y clandestino con Ida. Pequeños incidentes y extraños equívocos culminan con la trágica muerte de la profesora Brown en un inexplicable accidente. Que incluye un detalle inquietante: Ida tiene la mano quemada, y eso parece conectarla con una serie de atentados contra figuras del mundo académico.

Entonces el campus se puebla con policías y agentes del FBI. Renzi no es sospechoso, aunque tampoco está libre de sospecha. Como todos, tiene algo que ocultar. Su problema es que esconde un hecho que puede comprometer a la muerta y a él mismo. Recurre a un detective privado de Nueva York, que además de iluminar su situación, le brinda varias lecciones prácticas sobre la violencia en los Estados Unidos.

Inspirándose libremente en el caso del Unabomber, esta novela combina una sutil trama sentimental con una indagación sobre el poder de reinventar una vida que parece detenida. Narrada en primera persona por Renzi, con una escritura hipnótica que pasa naturalmente de la autobiografía al registro policial, «El camino de Ida» confirma a Ricardo Piglia como uno de los grandes escritores contemporáneos.

A Germán García  
*Por la vuelta*

Es infinita esta riqueza abandonada

Edgar Bayley

# I. El accidente

## CAPÍTULO UNO

### 1

En aquel tiempo vivía varias vidas, me movía en secuencias autónomas: la serie de los amigos, del amor, del alcohol, de la política, de los perros, de los bares, de las caminatas nocturnas. Escribía guiones que no se filmaban, traducía múltiples novelas policiales que parecían ser siempre la misma, redactaba áridos libros de filosofía (¡O de psicoanálisis!) que firmaban otros. Estaba perdido, desconectado, hasta que por fin —por azar, de golpe, inesperadamente— terminé enseñando en los Estados Unidos, involucrado en un acontecimiento del que quiero dejar un testimonio.

Recibí la propuesta de pasar un semestre como *visiting professor* en la elitista y exclusiva Taylor University; les había fallado un candidato y pensaron en mí porque ya me conocían, me escribieron, avanzamos, fijamos fecha, pero empecé a dar vueltas, a postergar: no quería estar seis meses enterrado en un páramo. Un día, a mediados de diciembre, recibí un correo de Ida Brown escrito con la sintaxis de los antiguos telegramas urgentes: *Todo dispuesto. Envíe Syllabus. Esperamos su llegada.* Hacía mucho calor

esa noche, así que me di una ducha, busqué una cerveza en la heladera y me senté en el sillón de lona frente a la ventana: afuera la ciudad era una masa opaca de luces lejanas y sonidos discordantes.

Estaba separado de mi segunda mujer y vivía solo en un departamento por Almagro que me había prestado un amigo; hacía tanto que no publicaba que una tarde, a la salida de un cine, una rubia, a la que yo había abordado con cualquier pretexto, se sorprendió cuando supo quién era porque pensaba que estaba muerto. («Oh, me dijeron que te habías muerto en Barcelona»).

Me defendía trabajando en un libro sobre los años de W. H. Hudson en la Argentina, pero el asunto no prosperaba; estaba cansado, la inercia no me dejaba mover y estuve un par de semanas sin hacer nada, hasta que una mañana Ida me localizó por teléfono. ¿Dónde me había metido que nadie podía encontrarme? Faltaba un mes para el inicio de las clases, tenía que viajar ya mismo. Todos me estaban esperando, exageró.

Le devolví las llaves del departamento a mi amigo, puse mis cosas en un guardamuebles y me fui. Pasé una semana en Nueva York y a mediados de enero me trasladé en un tren de la New Jersey Transit al tranquilo pueblo suburbano donde funcionaba la universidad. Por supuesto Ida no estaba en la estación cuando llegué, pero mandó a dos estudiantes a esperarme en el andén con un cartel con mi nombre mal escrito en letras rojas.

Había nevado y la playa de estacionamiento era un desierto blanco con los coches hundidos en la bruma helada. Subí al auto y avanzamos a paso de hombre en medio de la tarde, alumbrados por el brillo amarillo de las luces altas. Por fin llegamos a la casa en Markham Road, no muy lejos del campus, que el Housing le había alquilado para mí a un profesor de filosofía que pasaba su año sabático en Alema-

nia. Los estudiantes eran Mike y John III (los volvería a encontrar en mis clases), muy activos y muy silenciosos me ayudaron a bajar las valijas, me dieron algunas indicaciones prácticas, alzaron la puerta del garage para mostrarme el Toyota del profesor Hubert que venía incluido en el alquiler; me mostraron cómo funcionaba la calefacción y me anotaron un número de teléfono por si me empezaba a congelar («en caso de apuro, llame a Public Safety»).

El pueblo era espléndido y parecía fuera del mundo a sesenta kilómetros de Nueva York. Residencias con amplios jardines abiertos, ventanales de cristal, calles arboladas, plena calma. Era como estar en una clínica psiquiátrica de lujo, justo lo que yo necesitaba en ese tiempo. No había rejas, ni garitas de seguridad, ni murallas en ningún lugar. Las fortificaciones eran de otra índole. La vida peligrosa parecía estar fuera de ahí, del otro lado de los bosques y los lagos, en Trenton, en New Brunswick, en las casas quemadas y los barrios bajos de New Jersey.

La primera noche me quedé levantado hasta tarde, investigando los cuartos, observando desde las ventanas el paisaje lunar de los jardines cercanos. La casa era muy cómoda pero la extraña sensación de extravío se repetía por el hecho de estar viviendo otra vez en el lugar de otro. Los cuadros en las paredes, los adornos en la repisa de la chimenea, la ropa enfundada en cuidadosas bolsas de nailon me hacían sentir un *voyeur* más que un intruso. En el estudio del piso de arriba las paredes estaban cubiertas de libros de filosofía, y al recorrer la biblioteca pensé que los volúmenes estaban hechos de la materia densa que siempre me ha permitido aislarme del presente y escapar de la realidad.

En los muebles de la cocina encontré salsas mexicanas, especias exóticas, frascos con hongos secos y tomates desecados, latas de aceite y tarros de mermelada, como si la casa estuviera preparada para un largo asedio. Comida enlatada y libros de filosofía, ¿qué otra cosa se podía desear?



Me preparé una sopa Campbell de tomate, abrí una lata de sardinas, tosté pan congelado y destapé una botella de Chenin blanco. Después me preparé un café y me acomodé en un sofá en la sala a mirar televisión. Siempre hago eso cuando llego a otro lugar. La televisión es igual en todos lados, el único principio de realidad que persiste más allá de los cambios. En el canal de ESPN los Lakers vencían a los Celtics, en las News Bill Clinton sonreía con su aire campechano, un auto se hundía en el mar en un aviso de Honda, en la HBO estaban dando *Possessed* de Curtis Bernhard, una de mis películas favoritas. Joan Crawford aparecía en medio de la noche en un barrio de Los Ángeles, sin saber quién era, sin recordar nada de su pasado, moviéndose por las calles extrañamente iluminadas como si estuviera en una pecera vacía.

Creo que me adormecí porque me despertó el teléfono. Era cerca de medianoche. Alguien que conocía mi nombre y me llamaba profesor con demasiada insistencia, se ofreció a venderme cocaína. Todo era tan insólito que seguro era cierto. Me sorprendí y corté la comunicación. Podía ser un chistoso, un imbécil o un agente de la DEA que estaba controlando la vida privada de los académicos de la Ivy League. ¿Cómo conocía mi apellido?

Me puso bastante nervioso esa llamada, la verdad. Suelo tener leves ataques de inquietud. No más que cualquier tipo normal. Imaginé que alguien me estaba vigilando desde afuera y apagué las luces. El jardín y la calle estaban en sombra, las hojas de los árboles se agitaban con el viento; al costado, del otro lado de la cerca de madera, se veía la casa iluminada de mi vecino y en la sala una mujer pequeña, en jogging, hacía ejercicios de taichi, lentos y armoniosos, como si flotara en la noche.

## 2

Al día siguiente fui a la universidad, conocí a las secretarías y a algunos colegas pero no comenté con nadie la extraña llamada de la noche. Me saqué fotos, firmé papeles, me dieron la tarjeta con el ID que me permitiría acceder a la biblioteca y me instalé en una soleada oficina del tercer piso del Departamento que daba a los senderos de piedra y a los edificios góticos del campus. Estaba empezando el semestre, los estudiantes llegaban con sus mochilas y sus valijas con rueditas. Había un bullicio alegre en medio de la blancura helada de los amplios caminos iluminados por el sol de enero.

Encontré a Ida Brown en el *lounge* de los profesores y fuimos a comer al Ferry House. Nos habíamos visto cuando estuve aquí hacía tres años, pero mientras yo me hundía ella había mejorado. Tenía un aspecto distinguido con su elegante *blazer* de pana, su boca pintada de rojo carmesí, su cuerpo esbelto y su aire mordaz y maligno. («Bienvenido al cementerio donde vienen a morir los escritores»).

Ida era una estrella del mundo académico, su tesis sobre Dickens había paralizado los estudios sobre el autor de *Oliver Twist* por veinte años. Su sueldo era un secreto de Estado, decían que se lo aumentaban cada seis meses y que la única condición era que debía recibir cien dólares más que el varón (ella no los llamaba así) mejor pagado de su profesión. Vivía sola, nunca se había casado, no quería

tener hijos, estaba siempre rodeada de estudiantes, a cualquier hora de la noche era posible ver la luz de su oficina encendida e imaginar el suave rumor de su computadora, donde elaboraba tesis explosivas sobre política y cultura. También era posible imaginar su risita divertida al pensar en el escándalo que sus hipótesis iban a causar entre los colegas. Decían que era una esnob, que cambiaba de teoría cada cinco años y que cada uno de sus libros era distinto al anterior porque reflejaba la moda de la temporada, pero todos envidiaban su inteligencia y su eficacia.

No bien nos sentamos a comer, me puso al tanto de la situación en el Departamento de Modern Culture and Film Studies que ella había ayudado a crear. Incluyó los estudios de cine porque los estudiantes, dijo, pueden no leer novelas, no ir a la ópera, puede no gustarles el rock o el arte conceptual, pero *siempre* verán películas.

Era frontal, directa, sabía pelear y pensar. («Esos dos verbos van juntos»). Estaba empeñada en una guerra sin cuartel contra las células derridianas que controlaban los departamentos de Literatura en el Este y, sobre todo, contra el comité central de la deconstrucción en Yale. No los criticaba desde las posiciones de los defensores del canon como Harold Bloom o George Steiner («los estetas kitsch de las revistas de la clase media ilustrada»), sino que los atacaba por la izquierda, desde la gran tradición de los historiadores marxistas. («Pero decir historiador marxista es un pleonasma, como decir cine norteamericano»).

Trabajaba para la élite y contra ella, odiaba a quienes formaban su círculo profesional, no tenía un público amplio, sólo la leían los especialistas, pero actuaba sobre la minoría que reproduce las hipótesis extremas, las transforma, las populariza, las convierte —años después— en información de los medios de masas.

Había leído mis libros, conocía mis proyectos. Quería que diera un seminario sobre Hudson. «Necesito tu perspectiva», dijo con una sonrisa cansada, como si esa

perspectiva no tuviera demasiada importancia. Ella estaba trabajando sobre las relaciones de Conrad con Hudson, me dijo, anticipando que ese era su terreno y que no me convenía entrar ahí. (No cree en la propiedad privada, decían de ella, salvo en lo referido a su campo de estudio).

Edward Gardner, el editor que había descubierto a Conrad, también había publicado los libros de Hudson. De ese modo los dos escritores se habían conocido y se habían hecho amigos; eran los mejores prosistas ingleses de finales del siglo XIX y los dos habían nacido en países exóticos y lejanos. Ida estaba interesada en la tradición de los que se oponían al capitalismo desde una posición arcaica y preindustrial. Los populistas rusos, la *beat generation*, los hippies y ahora los ecologistas habían retomado el mito de la vida natural y la comuna campesina. Hudson, según Ida, le había agregado a esa utopía medio adolescente su interés por los animales. Está lleno de tumbas de gatos y perros en los cementerios de los barrios lujosos del suburbio, dijo, mientras los *homeless* se mueren de frío en las calles. Para ella, lo único que había sobrevivido de la lucha literaria contra los efectos del capitalismo industrial eran los relatos para chicos de Tolkien. Pero, bien, en definitiva, ¿qué pensaba hacer yo en mis clases? Le expliqué el plan del seminario y la conversación siguió ese curso sin mayores sobresaltos. Era tan bella y tan inteligente que parecía un poco artificial, como si se esforzara en atenuar su encanto o lo considerara un defecto.

Terminamos de comer y salimos por Witherspoon hacia Nassau Street. El sol había empezado a disolver la nieve y caminamos con cuidado por las veredas heladas. Iba a tener unos días libres para ambientarme, cualquier cosa que precisara no tenía más que avisarle. Las secretarías podían ocuparse de los detalles administrativos, los estudiantes estaban entusiasmados con mi curso. Esperaba que estuviera cómodo en mi oficina del tercer piso. Cuando nos despe-

díamos en la esquina frente al campus, me apoyó la mano en el brazo y me dijo con una sonrisa:

—En otoño estoy siempre caliente.

Me quedé seco, confundido. Y ella me miró con una expresión extraña, esperó un instante a que yo dijera algo y luego se alejó resueltamente. Tal vez no me había dicho lo que me pareció escuchar («*In the fall I'm always hot*»), quizá me había dicho *En la caída soy siempre un halcón. Hot-hawks*, podría ser. Otoño quería decir semestre de otoño, pero recién empezaba el semestre de primavera. Claro que *hot* en slang podía querer decir *speed* y *fall* en el dialecto de Harlem era una temporada en la cárcel. El sentido prolifera si uno habla con una mujer en una lengua extranjera. Ese fue otro signo del desajuste que se iba a agravar en los días por venir. Suelo ponerme obsesivo con el lenguaje, resabios de mi formación, tengo un oído envenenado por la fonética de Trubetzkoy y siempre escucho más de lo debido, a veces me detengo en los anacolutos o en los sustantivos adjetivados y pierdo el significado de las frases. Me sucede cuando estoy de viaje, cuando estoy sin dormir, cuando estoy borracho, y también cuando estoy enamorado. (¿O sería gramaticalmente más apropiado decir: me pasa cuando viajo, cuando estoy cansado y cuando me gusta una mujer?).

Pasé las semanas siguientes lleno de esas extrañas resonancias. El inglés me intranquilizaba, porque me equivoco con más frecuencia de lo que me gustaría y atribuyo a esos equívocos el sentido amenazador que las palabras a veces tienen para mí. *Down the street there are pizza huts to go to and the pavement is nice, bluish slate gray. No podía pensar en inglés, inmediatamente empezaba a traducir. En el fondo de la calle hay una pizzería y el asfalto (el pavimento) brilla agradable bajo la luz azulada..*

Mi vida exterior era apacible y monótona. Hacía las compras en el supermercado Davidson' s, me preparaba la comida en casa o iba a comer al club de los profesores, frente a los jardines de Prospect House. Cada tanto subía al Toyota del profesor Hubert y salía a visitar los pueblos cercanos. Villorrios antiguos, con rastros de las batallas de la independencia o de la cruel guerra civil norteamericana. A veces caminaba por la orilla del Delaware, un canal que en el siglo XIX unía Filadelfia con Nueva York y era la principal vía de comercio. Lo habían cavado a pala los inmigrantes irlandeses y tenía un sistema de esclusas y diques muy complejo, pero ahora estaba fuera de servicio y se había convertido en un paseo arbolado, con lujosas casas en las lomas que daban a las aguas quietas. Estaba helado en esa época del año y los chicos con camperones amarillos y gorras rojas volaban como pájaros con sus patines y sus trineos sobre la superficie transparente.

Una de mis ocupaciones era observar a mi vecina. Ella era la única imagen de paz en mis madrugadas solitarias. Una figura diminuta que cuidaba las flores de un pequeño jardín personal en medio de la tierra muerta. Desde mi cuarto en sombras, en el piso superior, la veía bajar al parque todas las mañanas, caminaba con pasitos cuidadosos por la nieve y luego levantaba la tela amarilla con la que protegía las flores de invernadero que cultivaba en un costado, al abrigo de un muro de piedra. Trataba de que los brotes pudieran superar las heladas y la falta de sol y el aire desolado del invierno. Les hablaba, creo, a las plantas, me llegaba un murmullo apacible en una lengua extraña, como una música suave y desconocida. A veces me parecía oírla silbar, es raro que las mujeres silben, pero una madrugada la escuché modular los *Cuadros de una exposición* de Musorgsky. La realidad tiene música de fondo y en este caso la melodía rusa —bastante liviana— era muy adecuada al ambiente y a mi estado de ánimo.

## 3

Había leído varias veces a Hudson a lo largo de mi vida e incluso en el pasado había visitado la estancia —Los Veinticinco Ombúes— donde él había nacido. Estaba cerca de mi casa en Adrogué, yo iba en bicicleta hasta el kilómetro 37 y entraba por la senda de tierra entre los árboles y llegaba hasta el rancho en medio del campo. Nos gusta la naturaleza cuando somos muy jóvenes y Hudson —como tantos escritores que transmiten esas emociones de la infancia— pareció seguir ahí toda su vida. Muchos años después, en 1918, enfermo durante seis semanas en una casa cerca del mar, en Inglaterra, tuvo una especie de larga epifanía que le permitió revivir con una claridad «milagrosa» sus tempranas días de felicidad en la pampa. Apoyado sobre las almohadas y provisto de un lápiz y un cartapacio, escribió sin detenerse, en un estado de afebrada felicidad, *Allá lejos y hace tiempo*, su maravillosa autobiografía. Esa relación entre la enfermedad y el recuerdo tiene algo de la memoria involuntaria de Proust, pero, como el mismo Hudson aclaraba, «no era ese estado mental conocido por la mayoría de las personas, en que un color o un sonido, o, más frecuentemente, el perfume de alguna flor, asociados con nuestros primeros años, restauran el pasado súbita y tan vívidamente que casi es una ilusión». Se trataba más bien de una suerte de iluminación, como si volviera a estar ahí y pudiera ver con claridad los días que había vivido. La prosa que surgió